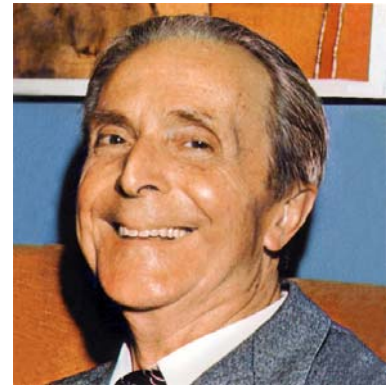


RESEÑA BIOGRÁFICA DE IGINO GIORDANI (1894-1980)

Preparada por Tommaso Sorgi – antiguo director del Centro Igino Giordani, diputado y sociólogo

Igino Giordani es una de las figuras más representativas del siglo XX para la cultura italiana y para la Iglesia universal. Ha dado testimonio en sus escritos y con su vida de una fe apasionada en Dios y un amor inteligente por la ciudad del hombre. Nacido en una familia de artesanos, casado y padre de cuatro hijos, ejerció distintas profesiones: de albañil ayudante de su padre a maestro, bibliotecario en el Vaticano, orador, político, periodista, pero su actividad fundamental fue la de escritor de libros, que le dio renombre y aprecio en Italia y fuera de ella.



En la Iglesia fue un personaje de relieve, porque vivió con alma evangélica toda actividad terrenal, vista siempre por él como vocación. Sus escritos más válidos - de total actualidad - nacen de un profundo conocimiento de la historia del cristianismo y de los Padres de la Iglesia. Se hizo de una sólida formación teológica y espiritual, que hizo fructificar llevando a cabo la alta función de animación cristiana de la cultura y de formador de almas.

Director de la escuela de biblioteconomía, tuvo como alumnos a sacerdotes y religiosos de distintas naciones. Con escritos y conferencias en seminarios y conventos influía en la formación tanto espiritual como cultural de los consagrados. Una acción idéntica desarrollaba entre los laicos, especialmente entre los de las asociaciones católicas. Trabajaba también fuera de Italia, gracias a sus muchos escritos traducidos en Europa y en otros continentes: de Estados Unidos a Argentina e incluso en Japón.

Siendo director de "Fides", publicación mensual vaticana, nacida para defenderse de los protestantes, los descubrió "hermanos"; aunque polemizaba, dialogaba con ellos, anticipando en los años 30 líneas ecuménicas del Concilio Vaticano II.



En la sociedad civil fue político militante, no por ambición, sino por amor y servicio a la comunidad en momentos difíciles. Luchó con valor por la libertad frente a la dictadura (años 20), viviendo esos enfrentamientos como "apostolado y penitencia". Elegido miembro de la Asamblea Constituyente y después diputado en los turbulentos años después de la segunda guerra mundial, trabajó con iniciativas audaces a favor de la paz entre las clases y entre los pueblos.

Había vivido en directo una experiencia de la guerra y también aquí había sido testigo de la fe y de la caridad: como pacifista no disparó nunca contra un hombre, porque en cada uno de ellos "veía al Señor". Sufrió graves heridas (1916), tres años de hospital y doce operaciones. En medio de estos sufrimientos - verdadera cita con Dios -, con 22 años, advierte una primera llamada a la santidad, reforzada tras meditar escritos de Santa Catalina de Siena. Se hizo terciario dominico (1926) por amor a ella, "la primera - dirá - que me incendió con el amor de Dios".

Llevó una vida de donación total en todos los campos.

A menudo encontró incomprendimientos: en escritores católicos y ambientes eclesiales, en los familiares y en dirigentes de su propio partido. Probó profundos sufrimientos, pero descubría en ellos ocasiones que Dios le enviaba para purificarse, para crecer en la caridad, en la capacidad de perdonar, en el desapego de toda unión y satisfacción humana, para consolidarse en la humildad, que se volvió su virtud principal.

Entre estas sombras y luces del alma, en septiembre de 1948 conoció a Chiara Lubich. Quedó fascinado por la radicalidad evangélica de la "espiritualidad de comunión", que ella anunciaba y vivía. Vislumbró la posibilidad de realizar la invitación del Crisóstomo: vivir como monje en el mundo, excepto en el celibato. Y creyó que se podía repetir la experiencia de los "catelinatos" (seguidores de Santa Catalina de Siena), a la secuela de una virgen. Se adhirió, por tanto, al Movimiento de los Focolares con toda la mente y el corazón: fue llamado "Foco". Con su "sí" se convirtió en instrumento de Dios para que Chiara tuviese luces especiales sobre su propio carisma. Incluso estando casado, le fue indicado también el modo de consagrarse y de entrar

en comunión con los vírgenes. Puro de corazón y con el alma abierta sobre la humanidad, abrió el camino a una hilera de focolarinos casados en todo el mundo y a movimientos específicos para las familias y para la reanimación evangélica de distintas actividades humanas.

Se convirtió en uno de los más estrechos colaboradores de Chiara, que lo considera "cofundador".



Ingresando en el focolar - incluso a sus 54 años de edad - afrontó con ardor juvenil un "viaje" más elevado del alma en la vía de la mística. Hacía de tal modo que Jesús viviera siempre dentro de él y entre dos o tres hermanos (Mt 18,20).

Igino progresó en "hacerse nada de amor". Acogía ahora con alegría las antiguas humillaciones e incomprensiones. Los dolores físicos provocados por las heridas de guerra se reagudizaban y él se alegraba de poder "concrucificarse" con Cristo. Adquirió una luz en los ojos y una tal afabilidad en las relaciones que infundía serenidad a todos y también inducía a los pequeños a tratarlo de igual a igual. Obtuvo del Cielo experiencias extraordinarias de unión con Dios y con María, incluso esas pruebas "oscuras" del alma que el Señor reserva a sus elegidos. Su "viaje" se convirtió en un "vuelo" en Dios.

Chiara y aquellos que han estado cerca de él en los últimos treinta años, lo definen como "el hombre de las bienaventuranzas". Un sacerdote que lo asistió en los largos meses de enfermedad terminal, ha dicho que estar a su lado en los últimos días "era como moverse alrededor de un altar". Subió al cielo la tarde del 18 de abril de 1980. Sus restos mortales, tras el inicio del proceso de Beatificación, reposan en la capilla del Centro del Movimiento de los Focolares en Rocca di Papa (Roma, Italia), al lado de los de Chiara Lubich.